

y del clero. Por lo demás, siempre hemos profesado la opinion de pasar por cuantos sacrificios se nos exijan, con tal que la Santa Sede intervenga en las medidas relativas. Pero se ha desterrado á los obispos, y aún al representante de Su Santidad.

No hay que aceptar, sino con algunas reservas, añade el correspondiente, esta apología del clero mexicano, en lo que se refiere á lo pasado y en sus promesas de abnegación para el porvenir. Los eclesiásticos de Orizaba, por ejemplo, repiten con una insistencia muy significativa, que los bienes del clero no han sido enajenados en su totalidad, y que aún muchos de los que han sido vendidos están en manos de los primeros compradores, que habiéndolos adquirido á vil precio, los devolverían de buena gana si se les reembolsa lo que les han costado. Estos bienes, añaden, se encuentran en condiciones enteramente diferentes, de las que tenían los bienes de la Iglesia en Francia, en la época en que su secularización fué consagrada por el Concordato.

«Pasa, por cierto, en el campamento de Orizaba, que si los acontecimientos políticos ulteriores exigieran, como es probable, una consagración regular y definitiva de los bienes de la Iglesia, el gobierno mexicano, la Francia y hasta el Sumo Pontífice, aunque monseñor Ramirez haya hablado de buena fé, encontrarían vivísima resistencia de parte del clero mexicano.»

Por ahora nos limitamos á hacer notar al clero, que esta correspondencia ha aparecido en el periódico que sirve de órgano al emperador.

Más favorable al clero es la siguiente carta, también de Orizaba, que inserta el mismo periódico en su número del 10 de Diciembre, y que traducimos para no privar de este consuelo á la parte sana, y á nuestros lectores de un buen rato. Traducimos también el preámbulo que le puso la *France*, que es como sigue:

«Noticias de Mexico.—Hemos recibido de Orizaba una carta con interesantes pormenores, que presentan bajo un nuevo aspecto la situación y las necesidades del país. Mr. Modelède, que habita hace mucho tiempo en México, es quien ha escrito esta carta. Es francés, tiene considerables intereses y ha recorrido todas las provincias mexicanas.

«Su apreciación del partido modera-

do está confirmada por los hechos. No encontramos apoyo sino en los elementos de este partido, tales como los pinta la carta: sólo ellos sostienen y aprueban los esfuerzos de la Francia, la grandeza y la lealtad de su misión.—A. Renauld.»

Después de tan bombástica introducción sigue la carta:

«Orizaba, 27 de Octubre de 1862.—Nuestra situación actual compensa las largas miserias que estóicamente hemos sufrido. Han llegado los refuerzos, hay grande afluencia de víveres, y el vómito prieto ó negro, este único defensor del país, ha cesado en Veracruz y respeta nuestros hospitales. Consuélese el general Doblado, Sir Charles Wyke y también el general Prim: la fiebre amarilla no puede estar ya en favor de su política; gracias á nuestra paciencia, cesó ya el formidable auxiliar con que contaban.

«El 25 hizo su entrada á Orizaba el general Forey. La acogida de las autoridades fué cordial, y simpática la de la población. A pesar de su poca tendencia á las demostraciones y de su humor, originalmente taciturno, los indios de las localidades vecinas salieron á encontrarlo con músicas, gritando: «VIVA NUESTRO SEÑOR Y REY DON NAPOLEON III.» No carece este grito de significación política, y recuerda lo que el embajador de España, el Sr. Pacheco, expulsado de México por Juárez decía en las Cortes, de estos indígenas que lo detenían en el camino, después de cuarenta años de demagogia, para preguntarle: ¿Cómo está nuestra reina?

«Hay más de tres millones de estos indios en México.

«El Ayuntamiento de Orizaba dió un banquete al general Forey el día de su llegada. Mucho llamó la atención la buena armonía que reina entre el nuevo general en jefe, M. de Saligny, y el general Almonte, á pesar del decreto que contra este último se expidió en Veracruz, y del que no parece guardar ni el más ligero resentimiento.

«Todas las cartas de México convienen en señalar la desorganización del gobierno y la especie de hidrofobia de que están atacados Benito Juárez y su ministro La Fuente. El partido conservador vuelve á alzar la cabeza. El último domingo de Setiembre hubo una asonada cerca de las garitas de Belem y de la Tlaxpana. Algunos gritaron: ¡viva Juárez! pero otros ¡vivan los franceses! Un peloton de caballería hizo fuego al pueblo, según la costumbre, y hubo muchos muertos y heridos.

El nuevo Congreso acaba de elegir presidente al Sr. Gonzalez Echeverría, tío y amigo íntimo del general Prim. En su discurso inaugural declaró que las personas y los bienes mexicanos pertenecen á la patria. Cierto es que el Sr. Echeverría puede proclamar esta máxima sin perjudicar sus intereses personales, pues ha tenido cuidado de poner su fortuna bajo el nombre del general Prim, cuyas propiedades, ó más bien, las de su mujer, están exceptuadas en México de todo género de impuestos, lo que no deja de ser tan edificante como instructivo.

En cuanto á las manifestaciones honoríficas, no escasean en favor del conde de Reus. Doblado, en el Departamento de Guanajuato, que gobierna á guisa de verdadero cacique, acaba de decretar que se le erija una estatua.

En la capital, lo mismo que en Puebla, nos esperan entusiastas ovaciones: las señoras que en los países españoles gozan, en virtud de las leyes y de las costumbres, de un ascendiente que se extiende hasta la política, según se nos escribe, nos tienen preparadas sus coronas. Estas disposiciones son conocidas de las autoridades, que acaban de publicar un bando prohibiendo á los habitantes de Puebla ir á Amozoc sin pasaporte.

Vivamente se desea en el país el regreso de los obispos que forman, por decirlo así, el estado mayor del partido conservador. Su presencia, reanimando el espíritu católico, influiría en las decisiones ulteriores que hayan de tomarse con respecto á la Iglesia. Dejar pasar la medida de la sustracción de los bienes del clero, sería enajenarnos las simpatías del partido conservador y perder nuestra política en el abismo del vacío. Recordará vd. lo que se escribía de Tehuacan, en Abril último, con motivo del favorable efecto que produjo en el pueblo la aparición de un capellán francés, de un padrecito. «Hé aquí, decía el oficial autor de esta carta, el género de diplomacia que nos conviene en este país.»

«En efecto, la Iglesia en México es sinónimo de progreso, de patriotismo y de caridad. El clero mexicano por su acción moral y por sus relaciones con el pueblo, no es comparable con el de ningún otro país. Colonia de tres siglos, este país no ha pasado por ninguna de las vicisitudes históricas que en el Antiguo Continente acabaron por separar radicalmente los intereses políticos de los intereses religiosos.

«La Independencia, como la Conquista, se hizo con una cruz y una espada. Hi-

dalgo y Morelos, ambos sacerdotes, fueron los caudillos más resueltos y más entusiastas. La mitad de las personas ilustradas y buenas de la población criolla, pertenecen á la Iglesia. Este clero civilizó y amanzó á los salvajes. Sus riquezas han servido para sostener al Estado en sus crisis, y á la agricultura y á la industria en sus necesidades. Ha dejado á vil precio, ó gratuitamente, el goce de sus propiedades á familias pobres de generación en generación, y ha sido constantemente el tesorero y el tutor de los menesterosos. Excepto el palacio y el carruaje episcopal, rigurosamente indispensables para la dignidad exterior del sacerdocio, los prebendados jamás gastaron nada en pompas mundanas. Acaba de morir en Barcelona el anciano y virtuoso arzobispo D. Lázaro de La Garza, quien en el libre ejercicio de su grandeza, siempre durmió en una pobre tarima.

Así, la población está ansiosa de recordar, en este respecto, lo que ha perdido. Se cansa y se escandaliza de ver que una patena sirve de adorno á la cabeza de silla del jefe de policía Porfirio, y las ricas colgaduras del convento de San Francisco, de forro de sus muebles. Estas iglesias sin sacerdotes; estas campanas, á las que está prohibido tocar el *Ave María* y el *Angelus*; este viático, que conforme á un bando no tiene ya derecho de acompañar, pero en cuyo torno se agrupa más devota que nunca, queriéndolo ó no la autoridad; todo esto no deja á los puros más que una existencia artificial. Quitando de un lado el terror, y del otro la cobardía, todo se des-  
*ploma* en un instante.

«Ortega sigue en Puebla, sin saber, según se dice, si debe recibirnos detrás de los parapetos de la ciudad, ó darnos una batalla naval á campo raso. Estas palabras son textuales, y el disparate bastante pintoresco. Es cierto que antes de ser general en jefe, sin haber estudiado el arte militar, y Presidente de la Suprema Corte de Justicia, sin haber abierto un libro de jurisprudencia, Ortega era un miserable tinterillo del Teul, localidad tan ignorada de los mexicanos como de los extranjeros donde no pudo perfeccionarse en la ciencia de la exactitud gramatical. Su fama militar le viene de haber sorprendido un día al general conservador D. Rómulo Diaz de la Vega, oficial honrado, valiente é instruido, pero muy amigo de dormir siesta. Los fusiles estaban en pabellones, Ortega se apoderó de ellos y así pudo vencer fácilmente á los soldados, sin disparar un ti-



ro. De este modo llegó á pasar *por grande hombre*.

Sé que el general Miramon acepta la Intervencion francesa con todas sus consecuencias, y se dice que ha salido ya de Nueva-York para Veracruz. Santa Anna debe tambien haber salido de Saint Thomas para acercarse al litoral. El pasado renace, para ser actor ó testigo del desenlace.

Tenemos por seguro que nuestras tropas estarán en la ciudad de México la *noche buena*, como llaman aquí á la fiesta de Navidad.—*F. Modelède*.

A pesar de esta profecía, que se parece á las de Mr. Billault, la *France* y el mundo quedan privados de las primorosas correspondencias de Mr. Modelède, pues el mismo periódico nos hace saber que se ha marchado al Estado de Sonora para dedicarse á empresas agrícolas; pero en cambio, cuenta con otro corresponsal de Orizaba, que con fecha 10 de Noviembre, le escribe lo siguiente, y que por supuesto, conoce tambien el país muy á fondo:

«Orizaba, 10 de Noviembre.—Las operaciones militares no comenzarán ciertamente sino á fines de este mes. La salud del soldado se mejora, á medida que entramos en la estacion deseada de los vientos del Norte. En cuanto á nuestros auxiliares los mexicanos, presentan ya regular apariencia, gracias al vestuario que les ha dado la comisaría francesa. Tambien se les ha pagado su sueldo, haciendo un anticipo contra el Erario Mexicano, que no se encuentra ahora como en los primeros tiempos de la guerra de la Independencia, cuando careciendo los patriotas de balas para sus cañones en la batalla de Calderon, los cargaron con pesos fuertes. Por lo demás, reina la más completa inteligencia entre el general Forey, M. de Saligny, Almonte, Márquez y Wool y se han allanado todas las antiguas dificultades.

Santa-Anna, á quien creíamos en camino, no ha salido todavía de San Thomas, y hasta mediados de Enero no se pondrá en marcha para México. A lo ménos, así lo anuncia él mismo en una de sus cartas que he podido leer. «Iré á México, dice, para corresponder al obstinado llamamiento de mis amigos y para contribuir, hasta donde me sea posible, á la reconstruccion de un edificio que casi está desplomado. No me guía ninguna ambicion, y si mi presencia es inútil, esto no me ha de afijir. Entónces me ocuparé exclusivamente de mis negocios, porque arruinado ya en gran parte por los demago-

gos, debo recoger lo más pronto posible lo poco que tengo para no perderlo todo. Tengo familia é ignoro el tiempo que me queda de vida, lo que no me permite ver con indiferencia el día de mañana. Si resulta un buen gobierno de la crisis actual, me quedaré gozoso en el suelo natal; pero si ha de durar la discordia, si los mexicanos saben desterrar las malas pasiones que han conducido á la patria al borde del sepulcro, volveré á esta isla, donde dejo mi casa puesta, procurando-me un retiro para un caso desgraciado.»

«D. Francisco Javier Miranda llegó aquí el día 6, procedente de la Habana. Este hombre notable, que ejerce tanto ascendiente en el partido conservador, y cuyo solo nombre es una bandera fué presentado al día siguiente al general Forey, quien queriendo, segun sus propias palabras, acoger con la misma venerencia á los conservadores y á los liberales, con la esperanza de unirlos en un mismo sentimiento, lo hizo firmar la siguiente protesta: «Declaró no tener otra intencion que la de contribuir con mis actos y con mis palabras, al logro de la intervencion francesa, tal cual la comprende el señor general en jefe.

«Prometo por tanto, abstenerme de todo paso que tienda á desnaturalizar la política del emperador Napoleon, cuyo objeto es reunir á todos los hombres honrados en un solo partido animado del amor á la patria; fundar un gobierno estable y moral que garantice las propiedades, la vida y la libertad de todos, sin distincion de opiniones en cuanto á lo pasado, y prometo además emplear toda la influencia que pueda tener en calmar los espíritus y en pacificar á la nacion.»

«Miranda se ha comprometido bajo su palabra y la cumplirá; notorias son sus simpatías por la intervencion francesa, así como su desinterés y su abnegacion. A sus instancias y por su prestigio moral, se decidieron á unírseles varios generales. Sin el padre Miranda, Márquez no hubiera intentado tal vez su peligrosa union en Barranca-Seca, union que tan oportuna y gloriosamente protejieron nuestros valientes del 99.

«Importa que estos detalles sean conocidos en Francia, donde se juzga severamente al mismo Márquez, despues de la sangrienta tragedia de Tacubaya. Pero así es la guerra: suscita á veces con el desprecio de la vida, la sed de represalias, y llega á fundarse una justicia especial en esta triste máxima: sangre por sangre. Este

ejemplo se encuentra hoy hasta en los Estados Unidos. De aquí provienen odiosas consecuencias. La indignacion por una parte, y por otra la presion de órdenes oficiales, hicieron á Márquez inaplacable en Tacubaya.

«Borrada aquella fecha, os encontrareis con un militar lleno de inteligencia y de lealtad. Defensor de la causa del orden, se negó á seguir á Miramon en el destierro y se vino con nosotros. Este soldado tan resuelto es un modelo de piedad filial; reza novenas con su madre, y arrodillado á su lado reza tambien su rosario, lo que causará alguna sorpresa en Europa, pero á nadie admira en México. Son tan diferentes las latitudes morales.

«En cuanto á Vicario, que manda un cuerpo de auxiliares, ni la vocacion ni el estudio le han ceñido su faja azul de general. Vicario era un pacífico labrador de Huitzuc, cuando en 1856 un oficial de los puros mató á su padre en el saqueo de la poblacion. El odio del huérfano lo hizo, como en España al famoso Cabrera, tomar las armas; se lanzó á la campaña, y desde entónces no habia dejado de combatir encarnizadamente á la demagogia mexicana.

«Encargado en union del general francés de La Mirandol, de organizar la gendarmería, el general Wool, es un hombre del mismo temple que Vicario, pero superior por su educacion. Hace 25 años que defiende los principios conservadores, ya bajo la bandera de Santa-Anna, ya bajo la de Miramon. El general Wool quedó herido en la tenaz defensa que hizo hace tiempo en Guadalajara. Es francés de nacimiento; pero ha hecho toda su honrosa carrera en México, desde donde el grado más oscuro, ha llegado al más elevado. Expulso por Juárez, al mismo tiempo que los obispos y el embajador de España, ha vuelto al país á la sombra y bajo la proteccion de la bandera francesa.

«Tales son los principales jefes mexicanos que están con nosotros; me abstengo de extenderme sobre los que están en contra nuestra.

«Alvarez, mulato, manchado de crímenes, dueño de vidas y haciendas, segun la enérgica expresion local, que fué en 1856 con sus pintos, mezcla de mestizo y de indio, que tienen en la cara manchas oscuras, el oprobio y el terror de México; Butron, ingenioso traficante que se separa hoy de sus amigos para hacerse pagar mañana muy raro su arrepentimiento de hijo pródigo; Rojas, salteador de camino real; Rafael Cuellar, espoliador de los vasos sagrados

de Milpa-Alta; Huerta, *é tulti quanti*, que mas ó ménos merecen su epíteto de plateados. Hé aquí los jefes que se exponen á vuestras águilas.

«Uno solo, el último, merece mencion especial por su imaginacion inventiva. Suponeos general juarista y mexicano: desde luego necesitais soldados para tener á quien mandar y dar muestras de entusiasmo nacional. Anunciáis gratis una corrida de toros: acude la multitud, y en un momento dado, la cercan vuestros perros de presa: se apoderan de todos los hombres, y los atan á una cuerda. Esposas, hijas y madres, os siguen desoladas. Pero ¿qué importa? se ha dado el golpe, y queda superiormente demostrado el fervor patriótico y militar de las poblaciones contra la intervencion francesa.

«Este medio no es el único: hay otro que consiste en despertar demente á media noche con alegres repiques y serenatas á los habitantes de una ciudad, y una vez en la calle, apoderarse como en la corrida, de la parte masculina, sin excluir á los ancianos ni á los niños.

«Así se aumenta el ejército con nuevas víctimas, salvo el caso en que dejan de serlo, apelando á la desercion. Esto explica cómo Comonfort, que marcha contra nosotros desde S. Luis Potosí, ha perdido en el camino la mitad de su contingente, es decir, 5.000 hombres.

«Al general Epitacio Huerta, gobernador de Morelia, corresponde el honor de este alistamiento original y perfeccionado.

«Todo esto es auténtico.

«En México, el congreso apenas reunido, no tardará en disolverse.

«Esta asamblea, producto ilegal de elecciones en que se violaron las condiciones de edad, de aptitud y de residencia, ha llenado su objeto. Se trataba de conceder á Juárez facultades omnímodas, bajo una falsa apariencia de independendencia, de mostrar al mundo la estatua de la libertad, para cubrirla despues con un velo. Esta insípida comedia se repite periódicamente desde que se juró una constitucion en este país que ha tenido ya 25 ó 30. Este es un rasgo saliente de la historia de las cincuenta presidencias que ha habido en cuarenta años. Por lo demás, esta vez se preparó una escena de grande aparato. Poco se prestaban á ella los miembros de la asamblea, por el color de su piel que los hace parecer naturales de la Siberia ó de las islas de Sandwich. En efecto, de todo el congreso sólo es blanco su presidente, tío é íntimo amigo del general Prim. Juárez tuvo que llevar á



votar á los diputados como un arriero que conduce á su recua de mulas. De todo esto resultó un manifiesto en que Benito Juárez es comparado con Washington. Solo una vez, y ha sido ésta, ha sido desgraciado Washington.

«Circula aquí un documento muy curioso, escrito é impreso en lengua azteca. Tengo á la vista el original, y hé aquí los pasajes que he podido traducir.

(Sigue la proclama en mexicano del coronel de zuavos, que ya conocen nuestros lectores.)

«Este documento se reparte á millares; y prueba el ascendiente que puede adquirir la intervencion francesa sobre esta raza. Los indios nos reciben como á cristianos católicos; porque al catolicismo deben su vida moral, por imperfecta y superficial que sea todavía. En nuestra mano está ampliarla ó restringirla. «Honrad á la religion y á sus ministros,» dijo el general Forey, en su hermosa proclama de la Martínica, recibida con tanto entusiasmo y con tanto júbilo por el partido conservador de México. A los indios debe añadirseles: «honrad el hábito del sacerdote,» porque si el indígena corre hace tres siglos á besar la mano del hombre de iglesia á quien encuentra, debe decirse sin embargo, que fiel á su naturaleza, no reverencia en el hombre el sacerdocio, sino el traje. Sin el solideo y sin la casulla, lo veria con indiferencia. ¿No se ha visto hace poco, cuando la expulsión de los obispos, á Monseñor Zubiria ir con su mitra en la cabeza, su báculo en la mano y revestido de sus ornamentos pontificales, á refugirse confidencialmente entre los terribles apaches, indios salvajes que cada vez que cogen á un blanco, lo pelan con una piedra filosá, y hacen un trofeo de su cabellera? «Si en vez de consolidar el culto, siguiere exteriormente, asistimos en México á su abatimiento y á su ruina; si los templos permanecen desiertos y las vestiduras sacerdotales quedan abolidas bajo el punto de vista civilizador, acabará la población indígena: no se hará protestante en la impotencia en que está, de respetar una levita negra y un cuello blanco; de rezar en una iglesia sin adornos y de creer en una religion sin imágenes; pero volverá sencillamente á la idolatría. Exhumado de las antigüedades mexicanas, un dios de piedra y de barro, Huítzilopochtli, la divinidad sangrienta triunfará de Cristo. ¡Qué progreso!—B. de Malzac.»

La France no debe en verdad afligirse de haber perdido á su corresponsal Modo-

lede, pues Malzac lo reemplaza dignamente. La carta que dejamos inserta no merece una refutación seria; esto seria hacer mucho honor á la calumnia y á la extravagancia. Los últimos párrafos son todo un programa, y qué programa. Hacer venerable el traje sacerdotal y consolidar el culto exteriormente. ¡Vaya un progreso!

La France, en sus artículos de fondo, ha tronado contra el general Prim, acusándolo de débil, de orgulloso, de preocupado, de violento, de temerario, de haber frustrado el objeto de la expedición, de ignorante para interpretar tratados, de haber tratado con Juárez, que es lo que más lo condena, y lo que es peor todavía, de haber sabido conciliarse simpatías en México y haber merecido públicos elogios.

Consuélese la France, que este último reproche nunca podrá dirigirse por nadie á los plenipotenciarios del emperador.

Por último, la France ha expresado toda su opinion en la cuestion de México, en el siguiente artículo de fondo que publicó en su número del 20 de Diciembre:

«La Cuestion de México.—Los despachos recibidos de Mexico, por el último paquete trasatlántico, no pueden comunicarnos ningun nuevo acontecimiento, pues era fácil prever que á la salida del correo, las tropas esperadas sea de Francia, sea de Inglaterra, apénas habrían desembarcado.

Esas noticias confirman la situación; ella es la que debe ser, y las sensibles incertidumbres que el informe de S. E. el Ministro de la Guerra nos ha dado á conocer, han cesado para dar lugar á una posición regular y normal. Las vías de comunicación están por todas partes aseguradas, aunque amenazadas, pero sin resultado, por las bandas guerrilleras diseminadas en el país, de las que el presidente Juárez esperaba tan brillantes resultados—esperanzas que han fallado, y que pueden ir á unirse con los esfuerzos estériles de Ortega, de Comonfort y de Zaragoza. Es con malicia que algunas correspondencias particulares han presentado con colores alarmantes la llegada de nuestras tropas á Veracruz; la expedición á Crimea aprobó hasta qué punto es necesario desconfiar de las apreciaciones individuales, casi siempre exageradas, sea en bien, sea en mal.

Doloroso es en verdad, que los trasportes de bestias de carga, que se esperaba encontrar en América, no se hubiesen hallado al desembarcar el general Forey, y obligaran al nuevo comandante en jefe á

prolongar su detención en Veracruz.—Pero ese es uno de los casos imprevistos de la guerra, con los cuales debe contar el general condecorador, sobre todo, cuando se trata de expediciones lejanas. Estas son las verdaderas dificultades de la situación; los embarazos reales, los enemigos más peligrosos que se tiene que combatir; y el general Forey es un guerrero demasiado experimentado, y ya acostumbrado á las rudas pruebas del suelo africano, para no haber pensado y previsto la eventualidad de las dilaciones: las comunicaciones de Laurencez, de que tenia conocimiento, debieron haberlo preparado á todo.

En efecto, en una carta que el general Forey escribía la víspera de su partida, al autor de este artículo, decía: «Me marchó lleno de confianza, y espero en Dios, conducir á buen fin la difícil empresa que el emperador me ha confiado; cuyas dificultades, que han aumentado en la actualidad, no me son desconocidas.»

Esas dificultades no consisten en el ejército mexicano que, disponiendo de todas sus fuerzas, en su propio país, fué impotente, durante cuatro meses, para forzar las posiciones que ocupaba un pequeño cuerpo expedicionario de 5 á 6,000 hombres, fatigados y estenuados con las marchas y privaciones; no es ese enemigo, que habiéndose situado en una altura que dominaba nuestro campamento de Orizaba, fué desalojado por un capitán al frente de una compañía. Esas dificultades consisten en los caminos, que las lluvias han dejado en horroroso estado, y que son casi intransitables: consisten en las enfermedades que se ceban, particularmente en hombres debilitados, ora por una detención prolongada en México, durante la mala estación, ora por los sufrimientos experimentados en una larga y penosa travesía, por efecto del tiempo fatal con que las embarcaciones tuvieron que luchar; consisten, en fin, en todos esos obstáculos imprevistos que están, á pesar de la prevision de los más experimentados, sujetos á la casualidad.

El lugar á donde se lleva la guerra, es cosa que tiene muy presente un jefe experimentado. Las dificultades aumentan ó disminuyen, según los recursos que se encuentran en el país mismo, y según las comodidades que se encuentran al llegar; pero esas dificultades existen siempre y en todas partes, cualquiera que sea la expedición militar que se emprenda.—Evidentemente, cuando se tiene que recorrer grandes distancias, los mares que deben atravesarse, las vías de comunicación difi-

ciles, aumentan esos tropiezos inevitables; pero la organización admirable de nuestra administración militar, sabrá luchar, no lo dudamos, con los acontecimientos, y desplegar todos los recursos que la experiencia de las últimas guerras le han enseñado á multiplicar.

El 25 de Octubre llegó el general Forey á Orizaba, y las tropas, según desembarcaban en Veracruz, se ponían en marcha en las direcciones indicadas: el vómito, esa plaga cruel, ha desaparecido aún de la Tierra caliente, y la dulce influencia de los vientos del Norte, disminuye la intensidad de la gravedad de las fiebres, que aún se ceban en algunos lugares.

Dos caminos conducen, según se sabe, de Veracruz á Puebla: primer obstáculo para esta campaña.—El uno, por Jalapa, atraviesa los peligrosos desfiladeros de Cerro-Gordo, donde el general americano Scott, encontró en 1847 á las fuerzas mexicanas, reunidas en gran número, para impedirle el paso:—el otro por Orizaba; éste es el que escogió con razón el general Laurencez, pues es la vía más directa de comunicación. Desgraciadamente, las lluvias abundantes que, durante muchos meses han descompuesto el terreno, y el tránsito continuo de los trasportes que suben de Veracruz, la han puesto, si no impracticable, al ménos muy difícil en ciertos puntos.

El nuevo comandante en jefe, tenía dos razones incontestables para dividir su Cuerpo expedicionario en dos columnas, de las cuales, una á sus órdenes, debía marchar por el camino de Orizaba, y la otra, por el de Jalapa. Obrando de este modo, adquiriría el general Forey la seguridad de que el enemigo no había reunido fuerzas considerables, sea en Cerro-Gordo, sea en la Hoya, para sorprenderlo y obligarlo á dividir su acción, en el momento en que debía presentarse en frente á Puebla; además, dispersaba todas las guerrillas que pudieran ocupar esos desfiladeros. Por otro lado, distribuía en esas dos vías de comunicación, los trasportes de sus víveres, de su artillería y de sus municiones de guerra, no haciendo tanto uso del camino de Orizaba, que difícilmente hubiera podido resistir en el estado en que se encontraba. De más es recomendar la importancia de conservar en regular estado esa vía tan directa de comunicación con el puerto de Veracruz, nuestra base real de operaciones.

El último correo nos trae noticias más favorables sobre la marcha de la columna